

EL BAUTISMO DEL SEÑOR A **(Isaías 42:1-4.6-7; Hechos 10:34-38; Mateo 3:13-17)**

Los grandes ríos a través del mundo apoyan la vida. También la quitan. El Río Grande riega las cosechas en los dos lados de la frontera. Sin embargo, se ha convertido en una trampa para muchos migrantes intentando llegar a los Estados Unidos. En el evangelio Jesús llega al Río Jordán para sumergirse en sus aguas. Es como si quisiera experimentar lo más profundo de la experiencia humana. Es como si estuviera exponiéndose al cáncer para acompañar los enfermos más graves.

¡Cómo tenemos terror a escuchar la palabra “cáncer” dicha de nuestra condición física! La oímos como el sonido de un tornado rascándose por nuestra cuadra o el crepitar de un incendio consumiendo nuestra casa. “Por favor, Dios mío,” rezaremos, “que no sea eso”. En el evangelio, Jesús también tiene que pedir algo negativo. Le suplica a Juan que no rehúse bautizarlo. Pues es la voluntad de su Padre que se someta al bautismo como símbolo de la muerte que va a aguantar. Aunque parezca contraria a nuestra imagen de Dios como pura dulzura, el Padre exige a Su Hijo que sufra por la justicia. Jesús expresa la exigencia así: “...es necesario que así cumplamos todo lo que Dios quiere”.

Cuando emerge de su bautismo, Jesús vi al Espíritu Santo descendiendo sobre él. Es testimonio de la intimidad que tiene con su Padre Dios. Algo parecido puede pasar a nosotros en medio de una prueba como el cáncer. De repente podemos sentir la paz penetrándonos como el agua al campo en un día lluvioso. Cuando nos viene esta paz, nos ponemos seguros que todo saldrá bien. Esto no es la resignación a lo inevitable, mucho menos la pérdida de la razón. Es la certeza que nada puede lastimarnos porque Dios nos ama. Un predicador llama este sentimiento “don” porque no hizo nada para ganarlo. Opina que es la obra del Espíritu Santo. Una vez que lo se realice, la vida cambia. La persona no se aflige a si misma con preguntas como: ¿qué me va a pasar? o ¿cómo puedo proveer por mi familia? No, confía completamente en Dios. La única cosa que quiere hacer es darle gracias.

Pero tal vez Dios tenga una tarea para el enfermo. Tal vez quiera que la persona anuncie a los demás de la bondad que ha recibido. La Nueva Evangelización es este empeño de no guardar adentro nuestros sentimientos por Dios. Como dicen los papas, la gente no escucha a los maestros sino a los testigos. Si la gente va a creer, será por el

testimonio de personas como nosotros hablando de la bondad de Dios. En el evangelio Dios mismo anuncia al mundo Su afecto para Jesús: “Esto es mi hijo muy amado...” Ya el mundo queda con anticipación de que va a hacer Jesús. Los evangelios de los siguientes domingos van a cumplir su historia.

Padre Carmelo Mele, O.P.